

La literatura y su carácter ético

Juan Ángel Juristo

Francisco Ayala: *Obras Completas I. Narrativa*. Editorial Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, Barcelona, 2012.

Hay una frase de Francisco Ayala que vale por todo un repertorio de intenciones respecto a una definición de su narrativa: «Uno escribe siempre su propia vida, sólo que, por pudor, la escribe en jeroglífico; y cuánto mejor si lo hiciera sobre piedras funerarias, lapidariamente, buscando la descarnada belleza del epitafio— encerrar la vida en una bala o en un epigrama». La frase no agota la especial conformación de su obra literaria pero resume en escasas frases un repertorio que tiene la virtud de planear sobre fechas muy alejadas en el tiempo, desde 1925, en que escribió *Tragicomedia de un hombre sin espíritu*, a sus últimas obras, como *La niña de oro y otros relatos*, última edición en Alianza Editorial en 2001. Estas frases, además, poseen un estilo que nos retrotrae a los años en que Ayala se convirtió en escritor dentro de las corrientes vanguardistas que Ortega y Gasset bautizó en su día con el sambenito de «deshumanización del arte» y de las que *Revista de Occidente*, donde Ayala colaboró habitualmente, tuvo un destacado papel en su reconocimiento y difusión. Y si bien es cierto que, después de la guerra, su narrativa se inscribe en las antípodas de esas corrientes tan en voga en los años treinta en España, lo cierto es que hay elementos de aquellos años que nunca se borraron en su modo de elaborar ficciones: la tendencia al juego, una subterránea corriente de vitalidad y optimismo, el gusto por las frases hechas de imágenes contradictorias en apariencia, las metáforas brillantes...

La reciente edición de las *Obras Completas* de Francisco Ayala por parte de Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, una edición que constará de siete volúmenes ordenados temáticamente, donde se recogerán sus estudios literarios, los dedicados a la sociología y

a las ciencias sociales, los ensayos políticos y los artículos de prensa, se abren con un primer tomo dedicado a su obra narrativa, con edición al cuidado de Carolyn Richmond, tomo que no recoge, se queda para el segundo, sus deliciosos textos autobiográficos, los agrupados en torno a *Recuerdos y olvidos*, en sus sucesivas ediciones, 1982, 1983, 1988 y 2006. Esta división de su obra narrativa en obra de ficción y textos autobiográficos, corresponde a una clasificación de orden práctico, temático, pero que no supone una división de alguna otra índole, sobre todo porque en pocos escritores como en Francisco Ayala se ha dado esa conciencia de que cualquier obra narrativa que escribiese estaba secretamente armada por contar su propia vida, escribiéndola «en jeroglífico».

Dijimos que la obra narrativa de Francisco Ayala se extiende largamente en el tiempo, un tiempo que abarca momentos importantísimos en la conformación del mundo. Desde sus primeros textos, que se publicaron en 1925, año en que murió Pablo Iglesias, hasta los últimos, que datan ya casi de este siglo, 1999, el mundo ha sufrido un cambio tan espectacular como el que transcurre desde la crisis de 29, el auge del fascismo, la II Guerra Mundial, la Guerra Fría y la caída del comunismo, amén de la globalización de la economía y el auge de países emergentes, como China e India al primer rango mundial. No es de extrañar que tamaños cambios hayan supuesto en ocasiones distintos modos de concebir, incluso, el hecho literario, hay, por ejemplo, una diferencia notable en un libro como *El hechizado*, de 1944, que en cierto modo se inscribe dentro de la estela de Franz Kafka, con *Muertes de perro*, de 1958, donde la denuncia del poder absoluto está más acorde con la literatura existencial que en ese momento se extendía desde Francia al resto de Occidente, en especial las novelas de Albert Camus y Jean Paul Sartre. Sin embargo, la crítica ha establecido los años de la Guerra Civil como los que suponen un cambio más profundo en la conformación estética de Francisco Ayala, y así es si atendemos a la conformación de un recambio completo de valores en cuanto a la conformación del modo de concebir la ficción. Si pasamos por alto *Tragicomedia de un hombre sin espíritu* e *Historia de un amanecer*, de 1926, obras donde se perfilan algunos de los rasgos literarios del Ayala futuro pero pertenecientes a una estética de orden tradicional, las siguientes publicadas, *El boxeador* y

un ángel, de 1929, año del *crack* financiero, y, sobre todo, *Cazador en el alba*, de 1930, entran de lleno ya en la prosa vanguardista que preconizó Ortega y difundió *Revista de Occidente*, una prosa de vanguardia, por allí andaban Botín Polanco, Antonio Espina y Benjamín Jarnés, que nunca alcanzó la calidad y excelencia de la poesía que se hizo en España en aquel momento pero que hoy día nos sirve para entender ciertos rasgos embrionarios que dieron más tarde sus frutos en algunos narradores, escasos, todo hay que decirlo, entre ellos el propio Francisco Ayala. En estas colecciones de cuentos se incidía en un estilo metafórico, en un rendido homenaje a las maravillas del mundo moderno, a la brillantez en el estilo, al desprecio del detalle tan propio de la prosa tradicional, características muy de la literatura del momento pero que Ayala reinventó en su obra posterior, la que es ya fruto de la experiencia de la guerra, del exilio, de la construcción del mundo en dos bloques irreconciliables con el peligro de una guerra nuclear, y que se decanta por una incidencia en el aspecto ético del mundo de la ficción, algo que poco tiene que ver con lo que se llamó también por aquellos años «literatura comprometida», y con cuyos presupuestos Francisco Ayala nunca comulgó.

Son los tiempos en que escribe algunos textos históricos, como el ya citado *El hechizado*, que relata el intento de un criollo por entrevistarse con Carlos II y que formó parte de *Los usurpadores*, 1949, libro compuesto por siete relatos donde el poder y sus consecuencias son el *leitmotiv* del mismo, tema, además, que en años posteriores, Ayala profundizó hasta límites insospechados, como en *La cabeza del cordero*, libro de relatos sobre la Guerra Civil, y, sobre todo, *Muertes de perro*, 1958, y su continuación, *El fondo del vaso*, 1962, donde el escritor trata la descripción de un mundo sin valores a través de la vivencia de una dictadura. En la primera, *Muertes de perro*, el desprecio se enseñoorea de la narración, una narración que bien puede calificarse de negra. En la segunda, la ironía se apodera de la desesperación habida en la primera, quizá porque aquí Ayala emplea el recurso de presentarnos la historia narrada por los diferentes personajes implicados en ella. Esta incidencia en lo ético no se atemperó con los años pero sí se vio coloreada por detalles más amables, como la introducción cada vez mayor de elementos irónicos y satíricos, e incluso líricos en

libros ya como *El jardín de las delicias*, éste ya de 1971, y de una complejidad estética que vino a demostrar que Francisco Ayala fue un escritor que se renovaba de continuo. Sus últimos libros, en especial, los cuentos recogidos en *La niña de oro y otros relatos* dan cuenta de la versatilidad de su talento y la variada temática en que Ayala fijaba su atención. Valga como ejemplo el titulado *Glorioso triunfo del príncipe Arjona*, muestra muy representativa de su última etapa, donde Ayala, en cuatro relatos, recrea, en nueva metáfora, así sea en clave minimalista, la mítica batalla que es la clave principal del poema épico hindú *Majabharata*. Esta obra refuerza la convicción de que donde Francisco Ayala desplegaba todo su talento era en los relatos, que prefirió siempre a las novelas, y en los textos autobiográficos, donde la recreación excitaba otros, como la capacidad reflexiva y el análisis de las situaciones. Este tomo viene a demostrarnos que su obra narrativa no está por debajo de otras disciplinas por las que Ayala ganó fama, como la ensayística o la de teórico de la sociología ©